



EL ECO DE CARTAGENA

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12274

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjera.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

SABADO 11 DE OCTUBRE DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Oumarlin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

RECONOCIMIENTO DE CARNES

Con arreglo al dictamen de la Junta de Sanidad, desde el día 8 del corriente está permitida la matanza. Suponemos que a la vez se habrán circularo las órdenes para que se haga sin peligro.

Por lo que respecta á la ciudad no hay temor de que se introduzcan carnes no reconocidas. La vigilancia que se ejerce y la eficacia con que el inspector de carnes atiende su obligación, constituyen una barrera para la traidora triquina.

Por lo que se refiere á los barrios extramuros, á cuyos industriales por especiales circunstancias se les releva de sacrificar en el matadero público, suponemos que se les obligará ó habrá obligado á constituir mataderos especiales, con la debida vigilancia y no se consentirá que procedan á la venta de las carnes, en tanto que los agentes de la Alcaldía no tengan la debida constancia de que han sido inspeccionadas.

¿Tiene el señor Alcalde noticia de que se han constituido esos centros? ¿Los ha inspeccionado la Junta de Sanidad para certificar sobre su situación y buen funcionamiento?

Creemos que si se habrá cumplido ese necesario requisito, pero dudamos que se haya practicado por completo. Los centros funcionarán bien; pero si están establecidos donde los anteriores años motivos habrá para que los vecinos protesten. De uno sabemos nosotros que funciona en el cogollo del poblado, junto á una carretera y si no se han quejado los vecinos es porque dudan que su queja ten-

ga una resolución conforme con su deseo.

¿Y en las diputaciones lejanas? Si no recordamos mal, también los años pasados estuvieron inspeccionadas; y aunque por escasez de medios no lo estuvieran tan bien como se deseara, fué lo suficiente á impedir que fuese destinada al consumo ninguna res atacada de triquina.

Contámonos en que el servicio no diferira del establecido el año anterior. El señor Bruna, que era alcalde, lo conoce y no es presumible que haya olvidado un detalle. Lo garantiza el interés que pone en las cuestiones que á la salud pública afectan, interés que el año anterior le valió aplausos justísimos y que á no dudar se repetirán este año.

Excepciones excepcionales

Enfermo estaba Gaspar y, viendo su fin cercano, dijo:—Yo quiero testar— La familia fué á buscar al momento un escribano.

Esto llegó, y acabada en tal casa su misión, le paréntala, angustiada, con razón,

pide la cuenta, ¡bobada! él no quiere cobrar nada [por excepción!]

Pero que excepción no había en muy fácil de probar; el escribano aquel día, por su desgracia, debía mil pesetas á Gaspar.

Viene el médico puntual y después de decir:—¡Malo! ó indomable de aquel mal agudo, grave y formal. Ya dispuesto á dar el palo receta cierta tintura

que diz hay en el Japón, al que va á buscarla apura con tosón y tras de tanta prisa al fin al enfermo entra [por excepción!]

Pero esta excepción tan rara la voy aquí yo á aclarar diciendo una verdad clara: cuando el galeno llegara ya estaba sano Gaspar. Gaspar sano y salvo al fin, como era un poco avaricaco con la intención más ruin cogió el testamento y... ¡plut! trizas hizo el testamento. De la reforma se informa la familia del guasón y en vez de alterar su norma, con razón, [cosa rara] se conforma con tal sencilla reforma [por excepción!]

Mas esta excepción se acabó si digo, dando en el clavo, que á su familia, que amaba al buen Gaspar, no le daba ni siquiera un triste ochavo.

Los capitales jugar quisio, en rebida contienda, y al fin llegó á resultar que pobre rico á quedar sin capitales ni hacienda. Y al ver lo que sucedía el mundo, á veces guasón, se portó con hidalguía, con razón,

pues todo el mundo aquel día el tal percañe sentía... [por excepción!]

Pero esta excepción confundió si yo digo á mi manera que Gaspar, hambre profundo, le debió á todo el mundo el capital que perdiera.

Pobre, cual nunca se vió y sin tener el parné que en el juego derrochó Gaspar ¡ay! se enamoró de la bella Salomé.

Ella rechaza violenta á un joven de posición con diez mil duros de renta [¡qué atardecido!] y aunque no le tiene cuenta con Gaspar marcha contenta [por excepción!]

Mas logro inutilizar esta excepción de excepciones con lo que voy á contar: Gasparito iba á heredar de un pariente ¡días millones!

Hay en este mundo ingrato hay que tener, ó paciencia ó muchísimo arrebató porque dáis por llebro gato con lastimosa frecuencia. El engaño, ya lo véis, crece con gran proporción y lo derrocha en revés sin razón,

ya alano hallaman tres. Yo si hay algo oro es... [por excepción!]

y en general, nada atento, cuando alguna obica ó obico me viene con algún onesto replique sin cumplimiento —¡A otros pájaros se meo!

Eugenio Rey Seoane. Ferrol y Octubre 1902.

EL Jardín Zoológico de Londres

Impulsado por el distinguido naturalista sir Stamford Reffles, que falleció en el primer tercio del siglo XIX, el Jardín Zoológico de Londres, es decir, el «Zoo» como le llaman en abreviatura los ingleses, ha llegado á ser una de las instituciones más populares del Reino Unido.

Es una preocupación general en los súbditos británicos repartidos por todo el globo, la de enriquecer las colecciones del «Zoo».

Cuando Eduardo VII, entonces Príncipe de Gales, volvió de un viaje á la India, trajo en su compañía nada menos que cua-

tro elefantes, dos osos, siete leopardos y cinco tigres, que se apresuró á ofrecer al Jardín Zoológico y que despertaron gran curiosidad entre los habitantes de Londres.

Jang Persad, uno de los elefantes regalados por el heredero de la Corona, no tardó en hacerse célebre en todo el reino, y su muerte prematura, ocasionada por una enfermedad misteriosa, constituyó casi un duelo nacional.

Un magnífico bisonte que el marqués de Lorne, yerno de la reina Victoria, trajo del Canadá, fué, durante algún tiempo, el huésped del «Zoo» que mayor interés despertó.

La tortuga gigante de M. Walter Reithchild, la pantera negra del duque de New Castle, el oso blanco de la Nueva Zoubla, regalado por M. Piker, y el gato montés de lord Lilford, tuvieron cada uno su época de celebridad también.

Todos los grandes exploradores del Africa, al mismo tiempo que realizaban sus portentosos viajes, no olvidaban el «Zoo»; así, Livingstone, Speke y Grant, cuando buscaban las fuentes del Nilo ó del Zambesi, remitían á Londres con frecuencia ejemplares raros de alces, cebras y antilopas.

Las colecciones que hoy existen son un resumen viviente de la historia de Inglaterra durante la segunda mitad del pasado siglo.

Lo mismo que los explotadores, los soldados ingleses se esfuerzan por enviar animales raros.

Así, después de la guerra de Crimea, el cuerpo de Ingenieros ofreció á la Sociedad de Zoología un dromedario nacido en las trincheras de Sebastopol.

A su vez uno de los regimientos que hicieron la última campaña de Egipto regaló un camello que se había salvado milagrosamente de la matanza de los animales que transportaban los convoyes de la columna Mac-Nell, y un gato indígena de Souakin, perteneciente á la primitiva especie de donde proceden todas las razas del gato doméstico de Europa.

Mirza-Hassan-Ali-Kin regaló al Zoo dos leopardos domesticados, llamados «chothkana»—que en la antigüedad reemplazaban á veces á los perros de caza, en el Extremo

Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 89

—De veras, á veces no sé lo que tengo en la cabeza —continuó Annuchka, siempre con aspecto pensativo.—Algunas veces, es lo juro á V., tengo miedo de mí misma. ¡Ah! Hubiese querido... Es cierto que las mujeres no deben leer mucho?...

—Dígale V. lo que debiera leer, lo que debiera hacer; seguiré los consejos de V. en todo—añadió, volviéndose hacia mí en un arranque de confianza. De buenas á primeras no di con lo que debería contestarle.

—¡Veamos! ¿No temería V. bastarse junto á mí? —¡Qué extraña duda!

—Pues bien, gracias por esta palabra; porque tenía miedo de que se aburríese V. en mi compañía. Y estreché mi mano con la suya, pequeña y ardiente.

—Dígale V., amigo mío—exclamó Gaguine en aquel momento.

—No es demasiado oscuro este tono? Me acerqué á él; la joven levantóse y se marchó.

REAPARECIO al cabo como de una hora en el umbral de la puerta, y me llamó haciéndome señas con la mano. —¡Eh! —me dijo.—Si me llegase á morir, ¿designaría V. por eso? —¿Qué ideas tan particulares tiene V. hoy!—exclamé. —Me imagino que no vivirá mucho tiempo. A me-

La salir de casa la mañana siguiente para encaminarme á la de Gaguine, me preguntó si estaba enamorado de Annuchka, pero no osé de pensar en ella, de preocuparme por su suerte. Me contenté de que la comprendía sólo desde la víspera; hasta entonces habíase desorientado de mí. Su fin, ahora que se me había revelado, qué hechura luz rodeaba á su imagen, qué original era y cuánto prometía!